«¡NO NOS DEJEMOS ROBAR LA ESPERANZA!» *Ecos de «Evangelii Gaudium» para la Animación Vocacional*

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v61i214.177>

JUAN CARLOS MARTOS*

RESUMEN

Evangelii Gaudium no aborda el tema de las vocaciones en la Iglesia. En sus 288 números solo alude a «la crisis vocacional al sacerdocio y a la vida consagrada» (EG 107). Y muy poco más. Pudiera pensarse que tal silencio sobre uno de los problemas más graves de la pastoral constituye una imperdonable laguna. Nada más lejos de ello. Tal silencio es solo aparente. El presente estudio explora esta riquísima Exhortación tratando de mostrar algunos de sus elementos valiosos para la animación y el cuidado de las vocaciones en la Iglesia. Y sin forzar el texto encuentra tres ecos a modo de propuestas que no deben ser desatendidas: *La transformación misionera de la pastoral vocacional; las tentaciones de los animadores vocacionales y, finalmente, la espiritualidad de la animación vocacional.*

¿POR QUÉ LEER «EVANGELII GAUDIUM» DESDE LA PERSPECTIVA VOCACIONAL?

Evangelii Gaudium (en adelante, EG) ha sido la primera exhortación apostólica del Papa Francisco. Fue publicada el 26 de noviembre de 2013, después de la clausura del Año de la Fe y del Sínodo de Obispos sobre la nueva evangelización¹. Aun siendo un escrito papal importante, no es una encíclica. Su orientación es más pastoral que doctrinal. Pretende ofrecer «camino para la marcha de la Iglesia en los próximos años» (EG 1) y no tanto presentar «un análisis detallado y completo sobre la realidad contemporánea» (EG 51). Abarca muchos asuntos. A través de ellos propone un programa pastoral con muchísimas variaciones y marcado por la alegría: la renovación que actualmente necesita la Iglesia para escuchar a fondo el Evangelio de Jesús y ser más fiel a su misión evangelizadora.

* Misionero claretiano. Licenciado en Teología de la Vida Religiosa. Formador y responsable de la pastoral vocacional de la Bética. Actualmente, encargado de la pastoral vocacional de la Congregación de los Misioneros Claretianos.

1. XIII Asamblea General Ordinaria sobre «La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana».

La Exhortación no habla expresamente de la animación vocacional a lo largo de sus 288 números. Hace una sola alusión y sin desarrollos a «la crisis vocacional al sacerdocio y a la vida consagrada» (EG 107)². Nada más. Tal silencio constituye una de las lagunas de este texto, por otra parte riquísimo y oportuno. Lo cual plantea un problema que conviene despejar cuanto antes. Si el cuidado pastoral de las vocaciones³ no viene tratado en la Exhortación, ¿qué puede justificar estas reflexiones? ¿Cómo encontrar algo valioso para la perspectiva vocacional en ella? ¿No estaremos forzando así un texto ajeno a la animación vocacional? Estas preguntas exigen como primera e ineludible tarea justificar el enfoque de estas páginas. Existen razones de peso que incitan a buscar sugerencias válidas y oportunas motivaciones para la animación de las vocaciones en la Iglesia. Veamos algunas de ellas.

1. *La íntima unión entre pastoral vocacional y pastoral de conjunto*⁴. Es un axioma comúnmente aceptado que «la pastoral vocacional es hoy la vocación de toda la pastoral»⁵. Aquella no es una actividad secundaria, apendicular, aislada o fragmentaria del conjunto de la misión de la Iglesia. No queda reducida a componente parcial, aunque importante, de la evangelización. Es mucho más que eso. La pastoral de las vocaciones se concibe, sin separación ni confusión, como una dimensión «esencial y connatural a la pastoral de la Iglesia»⁶. Esto permite comprobar cómo toda alusión a la evangelización afecta también, en su modo y proporción, a la pastoral vocacional, sita en las entrañas de la vida y de la misión de la Iglesia. Estas reflexiones parten de esa convicción y buscan también «dar a la pastoral una clara impronta vocacional» (NVNE 26).

2. *La pastoral vocacional es, además, «categoría unificadora» de la pastoral en general* (cf. NVNE 26g), como rubrica, entre otros documentos importan-

2. En la Exhortación, encontramos otras cuatro referencias en las que aparece la palabra «vocación»: La primera cuando expresa la necesidad de «fidelidad de la Iglesia a la propia vocación» (EG 26) para que no se corrompa en poco tiempo el intento de crear cualquier estructura evangelizadora nueva. La segunda cuando habla de la vocación de los fieles cristianos, imprescindible para la transformación de las distintas realidades terrenas (cf. EG 201). De una forma más genérica habla de la vocación del empresario (cf. EG 203) y de la política como «vocación altísima» (EG 205).

3. Se entiende por «pastoral vocacional», en sentido amplio, todo proyecto de evangelización con miras a que cada persona descubra, discierna, reconozca y siga la vocación a la que Dios le ha llamado. En sentido específico, la pastoral vocacional se centra esencialmente en la iniciación para participar de modo concreto y activo en la vida y en la misión de la Iglesia. Tal iniciación implica la propuesta explícita a las distintas formas de vida cristiana (laical, ministerial y consagrada). En los tres casos, el anuncio de la vocación, la propuesta y el discernimiento han de ser muy honestos y exigentes.

4. Sobre el significado de «Pastoral de conjunto» y su conexión con la pastoral vocacional es interesante el artículo de P. Scabini, *Pastoral de conjunto*, en «Diccionario de pastoral vocacional». Sígueme, 2002; 843-849.

5. *In verbo tuo...*, 26b, Documento final del Congreso Europeo sobre las Vocaciones al Sacerdocio y la Vida Consagrada en Europa, Roma 1997. En adelante se cita con las siglas NVNE.

6. Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis*, 34, Roma 1992. En adelante se cita con las siglas PDV.

tes, el de Aparecida⁷. En su número 314 define la pastoral vocacional como la acción que «acompaña cuidadosamente a todos los que el Señor llama (...), y es responsabilidad de todo el pueblo de Dios (...), para ayudar a descubrir el sentido de la vida y el proyecto que Dios tenga para cada uno, acompañándolos en su proceso de discernimiento. Plenamente integrada en el ámbito de la pastoral ordinaria (...) es fruto de una sólida pastoral de conjunto» (DA 314). La pastoral vocacional es una actividad esencial y connatural a la pastoral de las Iglesias locales, una extensión de la maternidad de la Iglesia que con María ama y llama a sus hijos, y un ministerio transversal de toda pastoral. Al partir de una comprensión abierta de las vocaciones, permite vocacionalizar las pastorales y desarrollar lo que cada una de ellas tiene en este sentido⁸.

3. *La pastoral vocacional es objetivo prioritario de la acción evangelizadora de la Iglesia.* Entra dentro de la misión de la iglesia ayudar a todos a «encontrar los caminos de un genuino crecimiento, despertar el deseo del ideal cristiano, las ansias de responder plenamente al amor de Dios y el anhelo de desarrollar lo mejor que Dios ha sembrado en la propia vida» (EG 171). Si la pastoral no llega a conmover el corazón y a poner a cada fiel ante la pregunta: «Señor, ¿qué quieres Tú de mí?», no es pastoral cristiana sino acción inútil e «inofensiva». La pastoral de las vocaciones se sitúa en el corazón mismo de la acción evangelizadora.

4. *La Exhortación permite esa incursión.* Ella no ofrece un diagnóstico completo de la realidad social y eclesial ni pretende abordar toda la temática pastoral, pero sí que invita expresamente a «completar y a enriquecer estas perspectivas a partir de la conciencia de sus desafíos propios y cercanos» (EG 108). Y, tristemente, en razón de que sigue siendo verdad que la «vocación es problema grave de la pastoral actual» (NVNE 26b), la perspectiva vocacional no puede quedar explícitamente excluida –ni implícitamente supuesta– como si se tratase de un tópico irrelevante.

5. *Los tiempos de nueva evangelización son propicios.* En nuestra época se corre el riesgo de provocar un colapso de la animación vocacional a la espera de que corran vientos más favorables, como si esa fuese su única estrategia posible en los tiempos actuales. Pero ese planteamiento regresivo esconde una trampa que debe ser evitada. Al contrario de lo que pueda parecer, éste es el tiempo propicio de la pastoral vocacional porque «la vocación es el corazón mismo de la nueva evangelización» (NVNE 12a) como llamada de Dios para un tiempo nuevo. En esa perspectiva se sitúan exactamente los relatos vocacionales de los evangelios, en los que el anuncio del Reino por parte de Jesús precede y acompaña siempre a sus llamadas a personas singulares para estar con Él y ser

7. V Conferencia General del Episcopado latinoamericano y del Caribe, *Discípulos y Misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida*. «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 16, 4). Documento conclusivo, 2007. El Documento de Aparecida se cita como DA.

8. Cf. CELAM, II Congreso Continental Latinoamericano de Vocaciones 2011, *Documento conclusivo*, 78.

enviados. Si tal fue el proceder del mismo Jesús, su forma de actuar se convierte en vinculante para nosotros y nos conmina a mantener unidas evangelización y pastoral vocacional.

El impacto mediático de esta Exhortación por toda la geografía eclesial se presenta como ocasión providencial. Tal impacto, sin duda singular, brinda una oportunidad y un escenario inmejorables para encontrar entre líneas las orientaciones que la estimulen en situación de escasez de vocaciones que padecen no pocas zonas y que sigue siendo «ciertamente la tristeza de cada Iglesia» (PDV 34).

Nos limitaremos aquí a recoger algunos de los destellos luminosos de la Exhortación que sirvan a la comunidad cristiana para acometer una más pujante y permanente animación vocacional. Esos reflejos quedan recogidos en tres núcleos: La transformación misionera de la pastoral vocacional, las tentaciones de los animadores vocacionales y, finalmente, su espiritualidad. Esta temática es abordada con «mirada de discípulo misionero» (EG 50). Trata de evitar el «exceso de diagnóstico que no siempre está acompañado de propuestas superadoras y realmente aplicables» (cf. EG 50), así como «una mirada puramente sociológica, que podría tener pretensiones de abarcar toda la realidad con su metodología de una manera neutra y aséptica» (EG 50).

LA ANIMACIÓN VOCACIONAL AÚN «EN CONSTRUCCIÓN»

La pastoral vocacional, que «constituye el ministerio más difícil y más delicado» (NVNE 6), ha sido sustancialmente renovada, al menos en sus planteamientos. Desde hace décadas se viene impulsando en el Pueblo de Dios un decidido «salto de calidad» (cf. NVNE 13c) en su comprensión y en sus dinamismos y expresiones. La Exhortación no pretende en absoluto corregir ni ofrecer novedades a los planteamientos ya formulados. Más bien los confirma de forma tácita. Pero sí subraya algunos principios pastorales que no deben ser ajenos a la animación vocacional y que aparecen, especialmente, en el capítulo primero de la Exhortación.

Por una pastoral vocacional «en salida»

Es una de las consignas pastorales más subrayadas en la Exhortación, sobre todo en sus números 20-24. La Iglesia debe ser espoléada por un «dinamismo de salida» (EG 20) y, a su vez, en «intimidad itinerante» (EG 23) como impulso permanente que anule las tentaciones de «introversión eclesial» (EG 27) y de «rigidez autodefensiva» (EG 45). Así se debe actualizar hoy el mandato de Jesús de «id a todo el mundo y anunciad» (Mc 16, 15). La pastoral vocacional no puede desentenderse de esa consigna. Es invitada a mostrarse, como ella, «más expansiva y abierta» (EG 27). Lo cual implica no verse reducida a una pastoral «de espera», dirigida a los «de siempre» y recluida al interior de sus

propios espacios. Por el contrario, debe asumir ese estilo que el Papa atribuye a los «callejeros de la fe» (EG 106). Sus ruegos no pueden ser más interpelantes: «Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: ¡Dadles vosotros de comer!» (EG 49).

Se trata de «poner todo en clave misionera» (EG 34) de manera que, nadie ignore por nuestra culpa lo que debe saber para orientar en sentido distinto y mejor la propia vida. «No tengáis miedo de llamar –decía con vehemencia Juan Pablo II–. Bajad en medio de vuestros jóvenes. Id personalmente a su encuentro y llamad»⁹. Aquella apelación se debe prolongar hoy en forma de una «constante actitud de salida» (EG 27), para llevar el anuncio del evangelio de la vocación a cada esquina, a cada plaza, a cada rincón.

¿Hacia dónde debe salir la pastoral vocacional? Para que el anuncio vocacional alcance a todos, deberá salir simultáneamente en dos direcciones:

1. Una, *hacia la misma comunidad eclesial y las diversas comunidades que la integran*, a veces debilitadas e incapacitadas para la animación vocacional. La pastoral vocacional debe situarse en el corazón de la comunidad cristiana como un impulso para su conversión pastoral y, en particular, para la formación permanente de los agentes de evangelización. A nuestros contemporáneos no les impacta en absoluto los débiles mensajes de una Iglesia mortecina que anuncia mediocrementemente el Evangelio. Una comunidad débil es matriz poco apta para engendrar vocaciones evangélicas. La crisis de vocaciones tiene su origen en la penuria de auténticas comunidades de fe. La esclerosis de los centros pastorales y de las comunidades, la débil conciencia de las estructuras evangelizadoras y el peso excesivo de su funcionamiento burocrático y clericalista niegan de raíz la credibilidad de sus agentes pastorales.

2. Otra, como *un acercamiento decidido y cordial a los que no están con nosotros*, porque a priori no les interesa nuestro mensaje o porque no se han enterado de que tenemos algo que ofrecerle. La cercanía y el encuentro son imposible desde una estructura «separada de la gente» (EG 28). El kerigma vocacional –del que se habla más adelante– no puede reducirse a algo que deba guardarse en un almacén bien empaquetado sin dirección de destino. Es un don que renace cuando se ofrece y entrega, porque responde a las expectativas y necesidades más hondas de sus destinatarios. La pastoral vocacional tiene el desafío de traducirlo en un lenguaje capaz de responder no solo a la demanda de Dios de tantos hombres y mujeres sino también a su búsqueda de espiritualidad, que tal vez no se sabe aún interpretar y atender. La pastoral vo-

9. Juan Pablo II, *Mensaje de la XVI Jornada mundial de oración por las vocaciones*, 6 de mayo 1979.

cacional deberá hacerse presente entre ellos, unas veces delante para indicar el camino, otras veces en medio para compartir y, en ocasiones, detrás con los más rezagados (cf. EG 31).

Por una pastoral vocacional «convertida»

La Exhortación repite, con pretendida reiteración pedagógica, la llamada urgente a la conversión pastoral de la Iglesia¹⁰. Tal conversión tiene un sentido estratégico de consecuencias sustanciales, porque exige poner medios eficaces para no dejar las cosas como están. ¿En qué consiste tal conversión pastoral? Se trata de colocar a la Iglesia en su conjunto y a todos sus miembros en «estado permanente de misión» (EG 25), de impulsar una reforma «perenne» (EG 26) y, a su vez, «impostergable» (EG 27). Tal conversión solo será posible si nace y se nutre del «aumento de la fidelidad a la propia vocación» (EG 26). La radicalidad, responsabilidad y credibilidad al vivir la propia vocación constituyen así el punto neurálgico de tal conversión pastoral pedida a todos. No es una simple reforma administrativa o estructural. Llega al núcleo mismo del objetivo de toda evangelización, porque «si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza de la luz, y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los mantenga, sin un horizonte de sentido y de vida» (EG 49).

Al pedir la conversión pastoral, la Exhortación denuncia que no se está haciendo lo que se debe hacer. ¿Afecta en algo a la pastoral vocacional? ¿Hay algo que ella deba cambiar urgentemente? Efectivamente existe un hábito frecuente y frustrante que debe erradicarse cuanto antes: la inmovilidad o parálisis vocacional¹¹. Porque ocurre que contando con proyectos pastorales, abundantes y bien elaborados, no se genera el suficiente compromiso efectivo en quienes deben asumílos y aplicarlos. Como si la mayoría se sintiese incapacitada para esa labor. Se sabe lo que hay que hacer, se subraya su urgencia, pero... ¡no se hace! Se suele interpretar ese fenómeno como un cierto «complejo de inferioridad»¹² de la pastoral vocacional. A esta le viene dañando un fenómeno paradójico: Por una parte, tiene claros y definidos sus objetivos y las líneas de acción de forma bien fundamentada y coherente. En la actualidad no atraviesa tiempos de desorientación y extravío, que exijan nuevas y radicales búsquedas. Al menos teóricamente, no anda desconcertada. Pero, por otra parte, a la claridad de su «teoría vocacional», no le acompaña una apuesta clara por su aplicación práctica. Ese

10. En los números 25, 27 y 32 de *Evangelii Gaudium* aparece de forma explícita la expresión «conversión pastoral»; pero su contenido, explicación y aplicación impregna prácticamente todas las páginas de la Exhortación.

11. Cf. A. Cencini, *Misioneros, ¿sí o no? Misioneros o dimisionarios*, Madrid 2009, particularmente 19-21.

12. A. Cencini, *Indicaciones prácticas para la estructura de la pastoral ordinaria*: Todos Uno 157 (2004) 11.

es precisamente el pecado que reclama conversión¹³. Por muy diversas razones y en distintos ámbitos se da una situación calificada como ‘fuga vocacional’¹⁴. Ese problema solo se resuelve penitencialmente, mediante conversión. Tal vez sea la primera tarea que hoy haya que acometer.

¿Qué alcance tendría esa que se califica de «conversión misionera» (EG 30)? No puede dejar las cosas como están, ni abandonarse en brazos del «habria-queísmo» (EG 96). Se necesita transformar costumbres, estilos, horarios, lenguaje y estructura... (cf. EG 27) y, además, implicar más a todos los agentes y sectores eclesiales (cf. EG 28-32). De muy poco sirve una teoría vocacional, por sólida que parezca, que no sea capaz de movilizar e implicar a otros para que la traduzcan en acciones concretas verificables. Los proyectos pastorales teóricos solo pueden hacerse efectivos hoy desde una «solidaridad espiritual»¹⁵. La teoría vocacional debe mover a todos en una doble dirección: hacia una creciente coherencia y fidelidad vocacionales de todos los miembros de la Iglesia y hacia la firme responsabilidad de ayudar a que los otros descubran la suya. Esa sensibilidad se convierte en espiritualidad vocacional cuando consigue implicar y comprometer a otros. Tal implicación solo es posible si se consigue activar un ineludible componente afectivo: la sensibilidad espiritual¹⁶ capaz de movilizar deseos y comprometer en la práctica. Solo así se podrá invalidar el rancio criterio del «siempre se ha hecho así» (EG 33) y las estructuras caducas que pretendan «condicionar un dinamismo evangelizador» (EG 26). Sólo desde actitudes de creatividad y audacia (cf. EG 33) se podrán «aplicar con generosidad y valentía» (EG 33) los planteamientos de animación vocacional ya conseguidos, sin necesidad de rehacerlos desde su raíz, como si fueran ya inservibles.

Por una pastoral vocacional «nuclear»

Una sana pastoral vocacional se articula en torno a un único núcleo central. Intenta transmitir una verdad vocacional esencial y de importancia fundamental: «el mensaje más hermoso» (EG 277). No todos sus mensajes se sitúan en el mismo nivel. Hay un «ordo» que impide confundir el núcleo de su mensaje con otros «aspectos secundarios» (EG 34). ¿Cuál es ese núcleo del evangelio de la

13. Cf. CELAM, *II Congreso Continental Latinoamericano de Vocaciones 2011*, 100.

14. Refleja el abandono que han hecho muchas instituciones pedagógicas de la tarea propia y revela que la verdadera crisis vocacional no es de los llamados sino de los que llaman (cf. *Ibid.*, 75).

15. «Apoyemos a estos hermanos nuestros en el Señor, con nuestra solidaridad espiritual. Oremos para que sean fieles a la misión a la que el Señor los llama hoy, y para que estén dispuestos a renovar cada día a Dios su ‘sí’, su ‘heme aquí’, sin reservas. Y, en esta Jornada de oración por las Vocaciones, roguemos al Dueño de la mies que siga suscitando muchos y santos presbíteros, totalmente consagrados al servicio del pueblo cristiano» (Benedicto XVI, Homilía, *In presbyterali Ordinatione duorum et viginti diaconorum Romanae Dioecesis*, 29 de abril de 2007: AAS 99 [2007] 350).

16. CELAM, *II Congreso Continental Latinoamericano de Vocaciones 2011*, 71.

vocación? Se trata de «la gramática elemental de la vida» o de «la verdad de la vida» (NVNE 36c) que bien recoge la conocida tesis: «La vida es un bien recibido que tiende, por su naturaleza, a convertirse en un bien dado» Esta es la verdad de la vida, de toda vida y sin fecha de caducidad. Es el kerigma vocacional o anuncio gozoso y esencial de la vocación.

La animación vocacional, en la misma lógica de la Exhortación, deberá centrarse en el anuncio del kerigma vocacional, sin cambiar ni «mutilar la integralidad del mensaje del evangelio» (EG 39), dándole sentido, belleza y atractivo (cf. EG 34), simplificando pero «sin perder profundidad y verdad» (EG 35). Deberá guardar la «adecuada proporción» (EG 38) que evita hablar más de urgencias que de amistad con Jesucristo, o de nuestras instituciones que de su Persona, o de los propios particularismos que de la Palabra de Dios que es universal (cf. EG 38). Y no porque no haya que hablar de esas cosas secundarias, sino porque cada verdad se comprende mejor si se la sitúa en la correcta relación con totalidad del mensaje y según su «ordo», su ordenamiento u orden preferencial. La animación vocacional no se confunde con un simposio de ideas dispersas y desconectadas a discutir, demostrar y creer, sino que promueve una experiencia de vida; algo que se entiende solo si y cuando se vive y se ve vivir.

El kerigma vocacional pivota sobre dos términos correlativos: El agradecimiento y la entrega. El agradecimiento es el resultado de quedar fascinado ante «la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo, muerto y resucitado» (EG 36). No es un concepto, sino una vivencia que acontece en el encuentro real con Cristo, en quien se hace visible, transparente, atractivo y seductor el «amor loco de Dios» (P. Evdokimov)¹⁷. Quien es alcanzado por Él, descubre que el amor –que es el nombre de Dios (cf. 1 Jn 4, 8)– es la voz de Alguien que le llama y al mismo tiempo el ideal que le atrae, es decir, la verdadera y única razón para vivir. Ese amor es el fundamento de la propia identidad o certificación de la vocación, porque todo ser humano ha sido creado a su imagen y semejanza. Se reconoce la experiencia de la vocación como genuina por esta su primera y necesaria impronta: el agradecimiento estremecido. Ese es el objetivo último de la verdadera animación vocacional: transmitir a otros la certeza de ser amado, y transmitirla a todos «más allá de sus defectos y caídas» (EG 44).

Cuando esto se da, adviene un segundo movimiento como reacción universal de «responder al Dios amante que nos salva, reconociéndolo en los demás y saliendo de nosotros mismos para buscar el bien de todos» (EG 39). Es la respuesta de gratitud ante aquella primera experiencia de gratitud. El agradecimiento contiene un dinamismo o energía que empuja hacia la oblatividad. Quien se siente agradecido por ese amor recibido inmerecidamente se sitúa en condiciones óptimas para entender que «cada persona humana es digna de nuestra entrega. No por su aspecto, sus capacidades... o las satisfacciones que nos brinde, sino

17. Cf. P. Evdokimov, *El amor loco de Dios*, Madrid 1990.

porque es obra de Dios, criatura suya. Él la creó a su imagen y refleja algo de su gloria. Todo ser humano es reflejo de la ternura infinita del Señor y Él mismo habita en su vida... Más allá de toda apariencia, cada uno es inmensamente sagrado y merece nuestro cariño y nuestra entrega. Por eso, si logro ayudar a una sola persona a vivir mejor, eso ya justifica la entrega de mi vida» (EG 274). Es el meollo del cristianismo, «la fuerza de la ternura» (EG 270).

Por una pastoral vocacional «accidentada», pero no «enferma»

Tomando prestada una repetida expresión del Papa, se pretende en este momento traducir el contenido de los números 40-45 de la Exhortación donde se expone y profundiza esa ley inalterable, por la que la misión se encarna en límites humanos. La tesis es clara: Encarnarse es limitarse, reducirse, confinarse, empobrecerse de alguna manera. La obra de la salvación es misterio de pobreza¹⁸. La evangelización ha progresado a lo largo de la historia ceñida siempre de límites, humanos y estructurales. Algunos de ellos, incluso escandalosos. Y en esa dinámica se inserta también la animación vocacional, destinada a asumir esa condición limitada, sin demonizar la realidad ni desertar de ella. Sabe de límites: límites en las personas que la impulsan y animan, límites en sus estructuras pastorales siempre insuficientes y exiguas, límites en su campo de irradiación; «límites del lenguaje y de las circunstancias» (EG 45); límites por el ambiente adverso y de oposición que frecuentemente encuentra; límites en su tarea de sembrar la semilla más pequeña de todas, expuesta de continuo a ser despreciada y pisoteada por muchos. Tildada como «la cenicienta de la pastoral»¹⁹ su plausibilidad no puede ser homologada aún con la que gozan otros sectores pastorales dentro de la misma Iglesia.

Pero lejos de toda actitud acomplejada o mortecina, la animación vocacional deberá armarse de argumentos para que, sin negar tales límites, sea capaz de asumirlos desde una perspectiva misionera consciente de que «un corazón misionero sabe de los límites y se hace débil con los débiles... todo para todos (1 Cor 9, 22)» (EG 45). Como toda tarea evangelizadora no debe dejar de «expresar las verdades de siempre en un lenguaje que permita advertir su permanente novedad» (EG 41), sin hacer rebajas. No se puede convertir el anuncio del evangelio de la vocación «en algo fácilmente comprendido y felizmente valorado por todos» (EG 42) porque conserva siempre un aspecto de cruz, de oscuridad y, además, ciertas realidades se comprenden solamente desde el amor y nos desde la evidencia. A pesar de lo cual, es capaz de suscitar la firmeza de la adhesión.

18. Es la tesis desarrollada brillantemente en la obra, ya clásica, del recordado P. J.M.R. Tillard, *La salvación, misterio de pobreza*, Salamanca 1968.

19. Cf. A. Cencini, *Los sueños de la vida religiosa: «Mira al cielo, cuenta las estrellas...»*: Todos uno 144 (2000) 11-45.

Por una pastoral vocacional «desde los pobres»

«El kerigma tiene un contenido ineludiblemente social» (EG 177) ya que «existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres» (EG 48). Esto esconde una seria advertencia para todos, incluida la pastoral vocacional: «Hacer oídos sordos al clamor de los pobres, cuando nosotros somos instrumento de Dios para escuchar al pobre, nos sitúa fuera de la voluntad del Padre» (EG 187). Sin opción preferencial por los pobres, el anuncio del evangelio corre el riesgo de ser incomprendido y de ahogarse en el «mar de palabras al que la sociedad de la comunicación nos somete cada día» (EG 199). ¿Cómo se sitúa aquí la pastoral vocacional? ¿Cómo debe sensibilizarse ante estas consignas de la Exhortación?

La pastoral vocacional no se puede sustraer a la realidad de los pobres y necesitados. «Nadie debería decir que se mantiene lejos de los pobres porque sus opciones de vida implican mantener más atención a otros asuntos» (EG 201). Hay que reconocer que en muchas ocasiones no han ido de la mano: Unas veces por olvido o inconsciencia y otras por instrumentalización, la relación entre pastoral vocacional y opción por los pobres no ha sido la deseable. Y este déficit debe ser saldado cuanto antes. No se la debe seguir manteniendo de espaldas al clamor de pueblos enteros que sufren el azote de la pobreza causada por la injusticia estructural. Así como tampoco se les puede utilizar para hacer proselitismo a su costa. ¿Cómo debe orientarse entonces la pastoral vocacional para sintonizar con la preocupación por los pobres?

1. La pastoral vocacional está *tensionada por una doble tracción*: Por Cristo pobre y humilde y, también, por los pobres. La propuesta vocacional debe tener claro que Jesús llama siempre desde la perspectiva de los pobres. Es un indicador seguro de autenticidad no olvidar a los pobres (cf. Gal 2, 10; también EG 194), evitando «cualquier ideología, cualquier intento de utilizarlos» (EG 199). Purificada de otros intereses debe buscar ante todo los del Reino, y lo demás le será dado por añadidura. De esta manera evita sentirse exonerada de la preocupación por los pobres y por la justicia social (cf. EG 201).

2. Conviene establecer como *criterio obligatorio de discernimiento* para las nuevas vocaciones *la apertura a los más necesitados y pobres*. Se trata de un auténtico signo vocacional comprobatorio, porque «cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres» (EG 187) y «no se trata de una misión reservada sólo a algunos» (EG 188). Hacer oídos sordos a ese clamor sitúa fuera de la voluntad del Padre y de su proyecto y, por tanto, es contraindicación vocacional. Lo contrario de la preferencia no es el rechazo, sino la indiferencia. No se olvide.

3. No hay que olvidar que *el estilo de vida emite una permanente señal que es captada*. Todos los estímulos dejan sedimento en el interlocutor. No son indiferentes los lenguajes, las maneras de presentarse, las prácticas que se ofrecen, los medios que su utilizan, etc. al promover las vocaciones. La austeridad, la solidaridad, la humildad, el servicio de los animadores y de los grupos a los

que representan... son reclamos vocacionales bien orientados y de indiscutible valor provocativo. Sus contrarios, lamentablemente, también lo son; aunque desemboken en la contradicción y, a veces, en el escándalo.

4. *El pobre* –no lo olvidemos– *es un sacramento vivísimo de la llamada del Señor*. Cuando se instaura la costumbre de hacer presentes a los pobres en el despliegue de la pastoral vocacional, ellos se erigen en mediación privilegiada de la llamada del Señor y, a la vez, despiertan la compasión, esa aguda sensibilidad capaz de provocar las respuestas más generosas y comprometidas. Los pobres «tienen mucho que enseñarnos... Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos» (cf. EG 198).

5. Las ONG, las instituciones de solidaridad, los voluntariados son *plataformas apropiadas para hacer la propuesta vocacional*. Aunque voluntariado y vocación no son realidades intercambiables, entre ellas se cruzan afinidades que no deben ser descuidadas. Lo indica muy bien *Pastores dabo vobis* al hablar de los contenidos y medios de la pastoral de las vocaciones: «Una pastoral vocacional auténtica no se cansará jamás de educar a los niños, adolescentes y jóvenes al compromiso, al significado del servicio gratuito, al valor del sacrificio, a la donación incondicionada de sí mismo. En este sentido se manifiesta particularmente útil la experiencia del voluntariado hacia el cual está creciendo la sensibilidad de tantos jóvenes. En efecto, se trata de un voluntariado motivado evangélicamente, capaz de educar al discernimiento de las necesidades, vivido con entrega y fidelidad cada día, abierto a la posibilidad de un compromiso definitivo en la vida consagrada, alimentado por la oración; dicho voluntariado podrá ayudar a sostener una vida de entrega desinteresada y gratuita, y al que lo practica, se le hará más sensible la voz de Dios, que lo puede llamar al sacerdocio. A diferencia del joven rico, el voluntario podría aceptar la invitación, llena de amor, que Jesús le dirige (cf. Mc 10, 21); y la podría aceptar porque sus únicos bienes consisten ya en darse a los otros y 'perder' su vida» (PDV 40).

Por una pastoral vocacional con cara amable

No prospera la pastoral vocacional cuando no abre espacios de acogida y hospitalidad a quienes dirige su propuesta de vida. A estos en particular debe mostrarles ese rostro inconfundible que expresa inequívocamente «una mirada respetuosa y llena de compasión, pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana» (EG 169). Un rostro que no nace del cumplimiento de un deber, sino de un corazón de Pastor bueno que se acerca a sus interlocutores con una actitud de «intimidad itinerante» (EG 23). La cara amable de la pastoral vocacional es la cordialidad.

Tal cordialidad es una actitud pastoral limpia. No está contaminada por motivaciones torcidas que son ajenas al bien de la persona a la que sirve y ayuda.

Nunca se deja seducir por el complejo del número, que en muchos casos se transforma en angustia por la falta de vocaciones; ni por los complejos del desánimo o del fácil y precipitado reclutamiento (cf. NVNE 13c), ni por quemar etapas de maduración. Le preocupa el nacimiento y crecimiento del hombre nuevo según el proyecto de Dios, no la auto-reproducción o el sueño de hacer grande a la propia institución.

La cordialidad es la conducta apostólica de quien sale a «ofrecer a todos la vida de Jesucristo» (EG 49) y, a la vez, mantiene siempre «las puertas abiertas» (EG 46) a quienes se le acercan regalándoles cercanía, calidez y mansedumbre (cf. EG 140). Bajo esa conducta nadie debe encontrar a personas que actúen «como controladores de la gracia sino como facilitadores» (EG 47) ni a una comunidad «aduanera, sino casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida a cuestas» (EG 47).

La cordialidad se dirige a cada persona en su singularidad «con la mirada del Buen Pastor que no busca juzgar sino amar» (EG 125). Privilegia el encuentro personal como característica que centra en la otra persona hasta «dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino» (EG 46).

La cordialidad logra su mayor cota de credibilidad cuando es fruto de la comunión fraterna y la ofrece como testimonio «atractivo y resplandeciente» (EG 99). La comunión, en sus diversas expresiones de cuidado, aliento y compañía de unos para otros es la señal confirmatoria que acredita al auténtico apóstol: «En esto reconocerán que sois mis discípulos, en el amor que os tengáis unos a otros» (Jn 13, 35). Irradia con fehaciente fiabilidad lo que con gran deseo pidió Jesús al Padre: «Que sean uno en nosotros... para que el mundo crea» (Jn 17, 21).

La pastoral vocacional está llamada a convertirse así en una parábola de cordialidad que confía en el «ritmo sanador de la proximidad» (EG 169). Importan menos los procedimientos pastorales, las estrategias concretas, los planes de intervención... Si la pastoral vocacional es «cordial» lo tiene todo. La empatía de la caridad la legitima y acredita. Cuando la cordialidad se hace «cultura materna» (EG 139) los corazones de piedra o de carne se convierten en corazones de oro. Es el mejor regalo que le puede ser concedido a una actividad pastoral. Quienes tienen el corazón de oro salvan el mundo. Es una expresión de la «revolución de la ternura» (EG 88) que expresa la lógica misionera defendida ya por el apóstol Santiago cuando calificaba como diabólico al evangelizador carente de dulzura y mansedumbre (cf. Sant 3, 13-15).

LOS COMBATES INTERIORES DEL ANIMADOR VOCACIONAL

Evangelii Gaudium dedica un amplio espacio a las tentaciones de los agentes pastorales (cf. EG 76-109). Evangelizar exige prepararse para el combate cristiano. Es inimaginable un animador vocacional que no experimente la prueba.

También él, en su camino biográfico de servicio encuentra múltiples obstáculos y dificultades. Todo anuncio del evangelio se abre paso entre contradicciones. En todas las épocas somos enviados «como ovejas en medio de lobos» (Mt 10, 16), también en las épocas, como la nuestra, en las que la misión se entiende como un diálogo con la sociedad y no como una cruzada. No se olvide que la tentación arrecia sobre todo desde dentro. Si se pregunta al animador vocacional contra quién debe combatir, su respuesta es clara: Contra sí mismo y contra el Tentador²⁰. Ser «personas-cántaro que den de beber a los demás» (EG 45) nunca es oficio espontáneo ni indoloro. La Exhortación presenta desde una doble perspectiva un catálogo de tentaciones del evangelizador: Una de tipo cautelar que las avisa y previene para reconocerlas y sortearlas; y la otra más impulsora de las auténticas actitudes y del estilo que debe asumir el ministerio vocacional. Si todos los evangelizadores se enfrentan hoy a fenómenos exteriores e íntimos que amenazan con limitarles, condicionarles e incluso enfermarles (cf. EG 77), los animadores vocacionales no son tampoco inmunes a ellos. En pastoral vocacional se dan tentaciones y no solo como amenaza hipotética que deben ser combatidas con perseverancia, fortaleza y prudencia.

1. *El combate contra la «acedia paralizante»*. Por diversas causas, cunde en no pocos animadores una apatía y dejadez que les lleva a sustraer al ministerio vocacional «amplios espacios personales de autonomía y de distensión» (EG 78). Sus frustraciones, frecuentes en el trabajo vocacional, hacen que éste les parezca una carga insoportable, muy difícil de asumir como servicio alegre. A eso se le llama «acedia paralizante» (EG 81). Es un virus que impide que la animación vocacional sea tarea prioritaria y fundamental. Se le dedica poco tiempo y el menor esfuerzo. Se la reduce a mero apéndice, siempre subordinado a otras ocupaciones que sí llenan de interés el tiempo disponible. Los intereses personales se vuelven más absorbentes que la misión e incuban tres males apostólicos: «individualismo, crisis de identidad y caída del fervor» (cf. EG 78). Una pastoral vocacional desmotivada y reducida a mínimos resulta contradictoria: es una animación desanimada. No ocupa el puesto que le corresponde entre los intereses vitales del animador y anula la pasión por salir hacia los demás. Por muchas razones, no solo por subsistencia, hay que estar alerta y combatir esa «vida tibia y superficial» (EG 264) que promueve la acedia paralizante.

2. *El combate contra sus «miedos y complejos»*. No pocos sectores de nuestra cultura oponen muchas resistencias hacia el anuncio vocacional de la Iglesia, apelando a su falta de credibilidad. Los escándalos divulgados por los medios han aportado más razones aún para reforzar la repulsa y restar incisividad a la propuesta vocacional. Esta suele ser impugnada con el rechazo o, las más de las veces, con la indiferencia. Es frecuente que ante esas duras resistencias los ani-

20. Se puede aplicar a la evangelización lo que el Catecismo de la Iglesia Católica indica sobre el combate de la oración (cf. CIC 2725).

madores vocacionales reaccionen con miedo²¹ o con «una especie de complejo de inferioridad» (EG 79). El miedo paraliza demasiado la animación vocacional. Las dudas y temores sofocan la audacia y la creatividad. Un animador vocacional acomplejado y miedoso no está capacitado para anunciar el evangelio de la vocación porque le faltará libertad y parresía. Un animador inseguro y tímido tenderá a nivelarse con sus destinatarios y quedará reducido a mero espectador pasivo de «un estancamiento infecundo de la Iglesia» (EG 12). Olvida que el paso del miedo a la valentía apostólica es posible por la fuerza del Espíritu Santo como describe el relato de Pentecostés (cf Hch 2, 1-11). Si la sal pierde su sabor, para nada sirve. Si la animación vocacional pierde su mordiente provocativa, no sirve para nada, excepto para convencer a muchos de que se le deben dedicar los menos esfuerzos posibles y un tiempo cada vez más reducido.

3. *El combate contra el «secularismo»*. El animador vocacional está también interpelado a revolverse contra un «relativismo práctico» (cf. EG 80) que pugna por impregnar su ministerio de formas y estilos laicistas. Le seduce el señuelo de actuar como si no existieran ni Dios, ni los pobres, ni la Iglesia. O como si la pastoral vocacional no formara parte de la común misión. Esta tentación alimenta una «psicología de la tumba» (EG 83) y conduce a la muerte por «lento suicidio» (EG 272). Tal relativismo práctico es quizás aún más peligroso que el doctrinal. Su influjo se reconoce en el «gris pragmatismo de la vida cotidiana... en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad» (EG 83). Es una pastoral fantasma porque no cuenta con testigos y porque sus encargados no muestran al Dios que ama y llama. Es una pastoral desarmada porque nunca propone ideales evangélicos incisivos y desequilibrantes que provoquen esa crisis previa a la respuesta vocacional. Una animación vocacional de tejas abajo será incapaz de ofrecer un camino mistagógico de encuentro. Y una pastoral que «no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie» (EG 266).

4. *El combate contra la «patología del cansancio y de la resignación»* (NVNE 13c). Hay animadores vocacionales que desesperan ante la indiferencia de la actual generación juvenil, o ante la insuficiencia de medios y apoyos, o ante la cantidad de trabajo que cargan sobre sí porque no se les exime de otras responsabilidades, al encomendarles el ministerio vocacional. Pero ni sus agendas suelen estar tan sobrecargadas, ni los jóvenes son tan refractarios como ellos alegan, ni su ministerio es tan precario, ni está tan desatendido como se creen. Lo que suele ocurrir en el fondo es otra cosa: Más que carecer de medios o apoyos, lo que falta es aquel coraje interior que brota de una espiritualidad que apasiona. Sin ella, su trabajo les cansa más de lo razonable. Pero no es un cansancio sereno, sino tenso, pesado e insatisfecho porque no es aceptado con solicitud. Muchos agentes pastorales no toleran fácilmente lo que significa un servicio pe-

21. Cf. EG 12 y 129. NVNE refiere otros miedos (a la desaparición o a la disminución...).

sado, un aparente fracaso, una ácida crítica, una adversidad imprevista (cf. EG 82). Llamados a transmitir luz y a comunicar vida, acaban produciendo sólo oscuridad y cansancio. Así es inviable la irradiación vocacional.

5. *El combate contra el «pesimismo»*. El pesimismo es una de las más terribles tentaciones que apagan la audacia o «parresía» misionera del animador vocacional. «La pastoral vocacional vive, quizá, todavía en una situación de inferioridad» (NVNE 13d) que la hace vulnerable a cierta «conciencia de derrota» (EG 85) y la aboca al pesimismo. El decaimiento pesimista sume al animador en la queja, el desencanto y la esterilidad, a veces incluso antes iniciar su labor. Un animador pesimista y «con cara de vinagre» (EG 85) percibe las adversidades y los males del mundo, de la Iglesia, de la propia institución con dimensiones tan distorsionadas que desconfía de que sus minúsculos esfuerzos vayan a obtener algún fruto. Por ello, cada vez pondrá más excusas para acometerlos. Un animador vocacional se entristece al esperar ansiosamente resultados inmediatos y positivos, pretendiendo separar antes de tiempo el trigo de la cizaña (cf. EG 85). Le faltará paciencia, empuje y sentido de riesgo, y no sabrá «trabajar a largo plazo sin obsesionarse por resultados inmediatos» (EG 223). Un animador vocacional pesimista olvida que su servicio como evangelizador se rige por las leyes pascuales y esconde siempre el escándalo de la cruz. Pero esa cruz, bandera de victoria, pide ser abrazada con entereza ante los contratiempos y embates del mal, confiando siempre en que «donde abundó el pecado sobreabundó la gracia» (Rm 5, 20). El gozo que, desde el título, impregna toda la Exhortación apostólica, es la característica de la animación vocación: se irradia a través de la alegría, enemiga de «santidades tristes y encapotadas» (Teresa de Jesús).

6. *El combate contra el «espiritualismo»*. Con alguna frecuencia en la animación vocacional suceden hechos tan paradójicos como estos: Por una parte, se urgen los procesos de acompañamiento como método, pero por otra, se mantiene aún el reclutamiento, eso sí un poco camuflado... ¡y éste «produce»! Se proyectan procesos mistagógicos; pero lo que se ofrece en realidad son productos de la «espiritualidad del bienestar sin comunidad» (EG 90) y del «consumismo espiritual» (EG 89)... ¡y esto también es rentable! Se postula el respeto a las personas para que abracen con responsabilidad el proyecto de Dios sobre ellas; y a la vez no escasean las mafias manipuladoras, en mayor o menor grado... ¡y tampoco va peor! Se persigue una orientación misionera y comprometida con Dios y con los demás (cf. EG 173), pero se la reduce simultáneamente a «dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial» (EG 94). Ante esas contradicciones que suscitan extrañeza, muchos se preguntan si no estamos regresando a posiciones, que se suponían superadas o erróneas, y se está renunciando a «dar el salto cualitativo»²² urgido desde hace tanto tiempo. La Exhortación es

22. Aludimos al «salto cualitativo» alentado por el Papa Juan Pablo II que, en ámbitos y contextos muy diversos, sigue orientando la pastoral Vocacional en la actualidad.

concluyente sobre ello y no deja lugar para dudas: La actual vuelta a lo sagrado y las búsquedas espirituales son «fenómenos ambiguos» (EG 89). Si no se promueven la comunión y la misión, la propuesta vocacional ni humanizará a las personas ni dará gloria a Dios.

7. *El combate contra la «mundanidad»*. En pastoral, la mundanidad se disfraza con caretas diversas. Una es el «funcionalismo empresarial» (EG 95) apoyado en la burocracia, la organización, las apariencias, las grandes planificaciones, la propaganda ostentosa. Otra es la auto-glorificación hipócrita (cf. EG 93) «preocupada por ser el centro y... clausurada en una maraña de obsesiones y de procedimientos» (EG 49). Otra es el «habriaqueísmo» (EG 96) que nunca pone en práctica los proyectos que imagina, y en ocasiones rechaza y descalifica a quienes le cuestionan, acusándolos defensivamente de sus errores (cf. EG 97). Esas desatinadas formas de proceder coinciden en buscar solo los «propios intereses y no los de Cristo Jesús» (Flp 2, 21). Una animación vocacional infectada de fatuidad está herida de muerte. Traiciona el mensaje al mundanizar su propuesta. ¿Supone ello que se deben abandonar los medios de propaganda y comunicación? No se rechaza de plano la propaganda vocacional bien hecha, siempre y cuando vaya acompañada de autenticidad²³; de lo contrario dicha propaganda se convierte en vanidad y engaño movida por el «proselitismo farisaico», tan duramente condenado por Jesús (cf. Mt 23, 15). Por otro lado, el testimonio es la estrategia fundamental. Hablamos de testimonio y no de deslumbramiento. Ser testigo no equivale a ser perfecto. Sería un imposible, dada nuestra condición. La regla de oro de la pastoral vocacional del «ven y verás»²⁴ exige ser auténticos, mostrando a otros, con humildad y verdad, la manera evangélica de relacionarse con lo bueno y con lo malo que se da en la propia Iglesia, o institución o en sí mismo. Este es el genuino testimonio que «suscita vocaciones»²⁵.

8. *El combate contra la «discordia y la desunión»*. La solicitud por las vocaciones está llamado a integrarse y a convivir con otros sectores pastorales de manera diferenciada y complementaria «abandonando todo espíritu de competencia» (NVNE 13). Ese esfuerzo origina a veces situaciones de conflicto, por diversas causas, entre las que no faltan las «envidias y celos» (EG 98). La experiencia confirma que en muchos contextos, la pastoral vocacional no está exenta de tales colisiones en los diversos ámbitos de su implantación. A veces es excluida o queda arrinconada del conjunto de la pastoral general. Si no es inexistente, sí al menos invisible. En otras ocasiones el conflicto lo provoca el desconocimiento de las implicaciones que trae el «vocacionalizar la pastoral» (NVNE 26b), o la falta de una coordinación más efectiva e integradora. A ello se

23. La «autenticidad» aquí se refiere no solo a la coherencia moral, sino también a la asunción de las propias responsabilidades y el vivir sin cesar en discernimiento y en verdad.

24. Cf. *Vita Consecrata*, 64.

25. Mensaje del Papa Benedicto XVI para la XLVII Jornada Mundial de oración por las Vocaciones, 25 de abril de 2010.

añade el malestar y la tirantez causados por la falta del legítimo reconocimiento y valoración. Sumemos a estas deficiencias el comprobar cómo no pocos animadores vocacionales suelen ser los primeros afectados por las consecuencias de imprevistos que exigen decisiones difíciles (cambios de destino, sustituciones, requerimientos urgentes...), o cómo no son atendidas adecuadamente sus necesidades humanas, materiales y económicas. Estas circunstancias y otras más la sitúan en una posición de desvalimiento que fomenta un victimismo beligerante y pone en apuros la «pertenencia cordial» (EG 98). Una pastoral vocacional enfrentada queda desacreditada. No tiene sentido invitar a otros a que ingresen en un colectivo dividido intestinamente. Todas estas situaciones conflictuales denuncian la falta de diálogo previo y de acuerdos formales que impiden mostrarnos «no como enemigos que señalan y condenan» (EG 271) sino evidenciando que «la unidad es superior al conflicto» (EG 228).

EL ANIMADOR VOCACIONAL CON ESPÍRITU²⁶

El capítulo quinto de la Exhortación mantiene el carácter programático pretendido y tiene también consecuencias importantes para la animación vocacional. Se centra en la espiritualidad del agente de pastoral. Por las razones de afinidad que se dijeron al comienzo, la pastoral vocacional también deberá promover una «animación con Espíritu» y uno de sus frutos es la alegría²⁷. Si la vocación cristiana es un don del Espíritu Santo, el ministerio de animación vocacional será un ministerio «espiritual», porque proviene del Espíritu Santo, es instrumento o mediación del Espíritu y está al servicio del Espíritu, dador de la vocación.

1. *Proviene del Espíritu Santo.* En el marco de la teología de los carismas, la animación vocacional puede considerarse un carisma del Espíritu y un servicio a la comunidad. El mismo Espíritu concede a unos hablar con sabiduría, a otros hablar en nombre de Dios, a otros asistir a los pobres, a otros animar y acompañar a los jóvenes discípulos en su elección y maduración vocacionales (cf. 1 Cor 12, 4-11.27-30). Este don del Espíritu conlleva un ramillete de dones para un buen ejercicio, como el don de sabiduría, de discernimiento y de consejo.

2. *Es mediación del Espíritu.* El Espíritu Santo se visibiliza y expresa activamente a través de los diversos carismas, que son dados para el servicio en bien de todo el cuerpo. El Espíritu Santo edifica la comunidad de los convocados por medio de los diversos carismas. Por medio de la animación vocacional la edifica iluminando a cada llamado sobre su lugar y misión en el conjunto del cuerpo y

26. Cf. EG 259 y siguientes.

27. «La alegría no es una cualidad que debemos buscar por ella misma, por el puro gusto de gozar, sino que está ligada a algo que la motiva, que la hace saltar y estallar en la persona» (A. Cencini, *La alegría, sal de la vida cristiana*, Santander 2009, 28).

fortaleciéndolo para que desempeñe la misión encomendada a favor de todo el cuerpo eclesial. Por eso, el Espíritu Santo es el primer animador de las vocaciones y los animadores humanos son mediación e instrumento del Espíritu.

3. *Al servicio de la animación espiritual.* La tarea fundamental del animador es conocer y ayudar a conocer las inspiraciones del Espíritu en sus interlocutores, y favorecer y estimular sus respuestas a esas mociones. Los aspectos organizativos, profesionales, materiales, etc. están orientados y supeditados a esta animación «según el Espíritu». Aparecen seleccionados a continuación algunos aspectos de espiritualidad apostólica que merecen ser destacados.

a) *Animados por el Espíritu de «coralidad».* Nadie discute ya que la animación vocacional es –debe ser– una acción colectiva o coral (cf. *Vita Consecrata*, 64) de toda la comunidad cristiana (cf. NVNE 25b) porque todo bautizado es agente evangelizador (cf. EG 120). Pero en la práctica sigue siendo un desafío, una meta solo deseada. Son aún demasiadas las resistencias reales, más que mentales, que retienen la animación vocacional en las únicas manos de sus encargados francotiradores o «cirineos»²⁸ sin acabar de ser «acción comunitaria, de toda la comunidad en sus diversas expresiones» (NVNE 26f). Son muchos los que no tienen claro las razones por las cuales todos los cristianos han de comprometerse en la animación vocacional, aunque no todos deban hacer lo mismo ni de la misma forma. Y no apuestan, consecuentemente, por esta empresa.

La coralidad se funda en el hecho de que el sujeto de la evangelización es, «más que una institución orgánica y jerárquica... un pueblo que peregrina hacia Dios» (EG 111). Todo bautizado es «un agente evangelizador» (EG 120) y sin exclusión ninguna, tiene la gracia y la responsabilidad de fomentar las vocaciones (cf. NVNE 25c). Toda vocación viene de Dios, pero termina en la Iglesia y pasa siempre por la mediación de sus miembros vivos. Como generadora y educadora de vocaciones (cf. PDV 35) la comunidad cristiana es sujeto convocante (que debe llamar) y espacio vocacional donde y a través de la cual Dios llama y cada uno descubre la llamada. También es objeto de la llamada porque «si un tiempo la promoción vocacional se refería solamente o sobre todo a algunas vocaciones, hoy se debe orientar siempre más a la promoción de todas las vocaciones, porque en la Iglesia del Señor o se crece juntos o no crece nadie» (NVNE 13c, 5; 26c y d). En ese contexto es importante hacer crecer la responsabilidad de los laicos, que permanecen aún «al margen de las decisiones» (EG 102) y «todavía es necesario ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva» (EG 103). Una comunidad cristiana es vocacional en la medida en que en el seno de este «pueblo con muchos rostros» (EG 115) cada uno de sus miembros vive la propia vocación según su carisma y ministerio, se siente responsable de la de

28. «Cirineo vocacional», solícito y a menudo improvisador solitario, debería... pasar al método de acompañamiento comprobado, para poder prestar una ayuda apropiada a quien está en búsqueda (cf. NVNE 13c).

los otros y se convierte en una «comunidad llamada que llama». Por el contrario, una Iglesia débil y sin estructuras de animación vocacional en misión compartida es matriz poco apta para engendrar vocaciones evangélicas.

La coralidad crea atmósfera vocacional, cultura vocacional. Sabemos que toda vocación nace del testimonio eclesial, no por presión proselitista, ni por intimidación, ni por propaganda, ni mediante gratificaciones, ni siquiera como voluntariado. La vocación, como un «fermento en medio de la humanidad» (EG 114), se transmite por contagio. El testimonio creyente y creíble potencia su dinamismo transmisor de la vocación cuando muestra «la belleza de este rostro pluriforme» (EG 116). La coralidad exige orientar su proyección pastoral a todas las vocaciones con las que Dios enriquece a su Pueblo. Cada persona, en cuanto singular, única e irrepetible, ha sido agraciada con una particular vocación de Dios. Al ser universal esa llamada, la pastoral vocacional debe promover todas las vocaciones y «en cada fase de la vida» (NVNE 13b), porque en la Iglesia o construimos juntos o no crece ninguno. Por ello debe evitar elitismos, olvidos o recelos, sin caer en disolución, rebajamiento de identidades o dispersión de planteamientos.

b) *Vinculados de forma especial a los jóvenes.* La Exhortación alude en varios números a la pastoral juvenil, evidenciando dos de sus desafíos actuales. Uno, la distancia entre las expectativas y búsquedas espirituales de los jóvenes y nuestras dificultades para responder a sus inquietudes, necesidades, problemáticas y heridas. Y dos, la dificultad de los adultos para escuchar a los jóvenes con paciencia, comprenderlos y hablarles con un lenguaje que ellos entiendan (cf. EG 105). Frente a estos requerimientos se apuntan dos propuestas que no son nuevas: responsabilizar a toda la comunidad cristiana de la evangelización de los jóvenes y darles mayor protagonismo en la Iglesia.

Esos avisos y sugerencias interpelan a la pastoral vocacional. Aunque ésta no puede ser identificada sin más con la pastoral juvenil²⁹, encuentra en ella su espacio privilegiado (cf. NVNE 26). En efecto, la juventud es el momento de las opciones fundamentales de vida. Entre ellas se incluye necesariamente la opción vocacional, que es la respuesta cabal a sus búsquedas más vitales que les llevan a tomar decisiones libres y responsables (cf. EG 171). Cuesta integrar y componer ambos procesos. Es cierto que hay experiencias muy positivas de pastoral juvenil, pero no se ha logrado aún desarrollar de modo satisfactorio la dimensión vocacional de la pastoral juvenil. Pese a ello, no deben abandonarse los caminos ya roturados o iniciados, sino reconocer y mejorar los criterios y las dinámicas pastorales inadecuadas o insuficientes, sin «miedo a revisarlas» (EG 43).

Debe desaparecer una pastoral vocacional aislada, pobre o limitada a espacios y tiempos reducidos, para dar paso a otra que incida en los procesos de

29. No se desarrollan aquí las características de la pastoral juvenil que hoy debe tenerse en cuenta en la animación vocacional. Cf. M. O. Llanos, *Servire le vocazioni nella Chiesa. Pastorale vocazionale e pedagogia della vocazione*, LAS-Roma 2005, 353ss.

evangelización integral de las nuevas generaciones. Todas las acciones de pastoral juvenil, sean del tipo que sean, deben llevar, pues, una intención formativa y vocacional. Esta tarea debe ser realizada por todos, para todos y siempre.

Además, hay que aprovechar las actuales actividades pastorales y educativas como lugares de siembra vocacional y de propuesta, porque constitutivamente lo son ya que es toda la comunidad quien evangeliza y educa a los jóvenes (cf. EG 106). Esta pretensión que no es, en absoluto, una invasión indebida, requiere implicar a las familias, a los catequistas y a los educadores en una acción conjunta en clave vocacional.

Por otro lado, es indispensable asumir como «absoluta prioridad» (EG 179) la salida al encuentro de los jóvenes y el acercamiento para escucharles y dialogar, como una «disposición permanente de llevar a otros el amor de Jesús y eso se produce espontáneamente en cualquier lugar: en la calle...» (EG 127). Esta tarea, que constituye una «predicación informal», no se puede realizar sin esas «actitudes que ayudan a acoger mejor el anuncio: cercanía apertura al diálogo, paciencia, acogida cordial que no condena» (EG 165). El acercamiento a los jóvenes es el adecuado si les brinda un mayor protagonismo y les reconoce sus habituales muestras de solidaridad ante los males del mundo (cf. EG 106).

Para entender y empatizar con la realidad de los jóvenes, «hay que acercarse a ella con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar, sino amar» (EG 125). No debe dejar satisfecho mantener grupos juveniles numerosos o llenar iglesias y plazas, o convocarlos a mega-reuniones. Esto se puede convertir en una anécdota en la vida de los jóvenes cuando no toca sus planteamientos vitales ni sus elecciones fundamentales. Junto a la animación de grupos —o masas— es necesario dirigir una «mirada cercana para contemplar, conmoverse y detenerse ante el otro cuantas veces sea necesario» (EG 169) y hablar en un lenguaje que se entienda, adecuado y capaz de proponer la vida como vocación de forma activa, sin moralismos ni consideraciones obsoletas. No basta una animación vocacional basada en criterios publicistas al son de eslóganes y promesas... y con abundancia de contenidos teóricos que poco tienen que ver con la vida. Deben percibir ese mensaje como significativo para su realización y felicidad.

Paralelamente, es necesario cuidar de forma inteligente los propios signos identitarios, las expresiones, actitudes, gestos, estilos... en cada una de las actividades y eventos religiosos, sociales, lúdicos, académicos, etc. que se promuevan. Muchos de los jóvenes que asisten a ellos o los contemplan confirman sus prejuicios sobre la Iglesia y reafirman su distanciamiento de ella.

La pastoral juvenil es el ámbito privilegiado de la siembra paciente y continuada del kerigma vocacional para que los jóvenes «sean capaces de decisiones verdaderamente libres y responsables, es preciso dar tiempo, con una inmensa paciencia» (EG 171). Se debe remediar el fenómeno reparable: que a muchos jóvenes no les llegue el kerigma vocacional, el contenido sustancial del evangelio, que sustente sus opciones vocacionales. En consecuencia, hacen elecciones sin

tenerlo en cuenta, ignorando que «la vida de Jesús, su forma de tratar a los pobres, sus gestos, su coherencia, su generosidad cotidiana y sencilla, y finalmente su entrega total, todo es precioso y les habla a la propia vida» (EG 265).

c) *Centrados en el anuncio del kerigma vocacional*. Toda vocación acontece como una experiencia de encuentro entre Jesús el Señor que llama y otras personas en un momento concreto de su historia. Unas son encontradas casualmente, otras le buscan (cf. Jn 1, 38), pero siempre es el Señor quien llama: «Sígueme» (Mc 1, 14; Mt 9, 9). Los relatos neotestamentarios de vocación, en continuidad y coherencia con los del AT, nos enseñan que después de la elección por parte del Señor (su mirada), Él pronuncia su llamada sobre el elegido. La animación vocacional es un auténtico ministerio de mediación en ese encuentro interpelante con Cristo cuando ayuda a otros a advertir cuándo el Señor pasa por sus vidas eligiendo y llamando. Este servicio lo realiza en sucesivas acciones pastorales. La primera de ellas es el anuncio del kerigma vocacional que, unido al kerigma evangélico, «es la prioridad absoluta» (EG 110) que «debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial» (EG 164) y debe acompañarle el coraje de hacer la propuesta³⁰. Porque el evangelio no sólo mueve a la conversión, sino que también despierta la vocación. Y no es infrecuente que lo haga simultáneamente.

Ese anuncio se realiza depositando la semilla del kerigma vocacional en la tierra buena del corazón de todos. Tal simiente contiene la síntesis esencial del evangelio en la que se concentra el sentido vocacional de la vida. Se realiza, pues, mediante el despliegue de una dinámica generativa y no meramente administrativa. ¿Con qué rasgos podríamos describir el kerigma vocacional?

1. *Es el anuncio de una presencia*. No es una proclama doctrinal, genérica y sin mordiente sino, ante todo, «la proclamación explícita de que Jesús es el Señor» (EG 110). Advierte de forma creíble y convincente sobre la presencia de Alguien que llama³¹. De esa manera se libera de toda carga ideológica o proselitista, sin perder su impregnación provocativa.

2. *El mensaje se centra en 'el amor salvífico de Dios previo a la obligación moral y religiosa'* (EG 165) que lleva al descubrimiento de la gran verdad del evangelio: Solo se puede «ganar la vida entregándola»³². No es un mensaje blando y opcional, sino exigente e incisivo, capaz de seducir porque todo «camino de respuesta y de crecimiento está siempre precedido por el don» (EG 162).

30. «No tengáis miedo de llamar... No debe existir ningún temor en proponer directamente a una persona, joven o menos joven, las llamadas del Señor» (Juan Pablo II, *Mensaje para la VII Jornada Mundial de oración por las vocaciones*, 1979).

31. Con palabras de Benedicto XVI, repetimos algo fundamental del kerigma vocacional: la vocación, como el ser cristiano, no se produce «por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (DCE, 1). La categoría clave es el encuentro con Jesucristo.

32. *II Congreso Continental Latinoamericano. Documento conclusivo*, 76a.

3. *Revela lo más fundamental y medular de la identidad humana*: La vida es un «don recibido que, por naturaleza, tiende a convertirse en bien dado» (NVNE 16b). Esta gramática vocacional muestra que el amor es el sentido de la vida. No se puede ser feliz sin amar. Y amar, más allá de reduccionismos románticos o emocionales, es donarse. Y en ocasiones comporta dolor y muerte al propio ego, para abrirse al tú.

4. *Es un primer anuncio*. Se le llama «primero», no porque esté al comienzo y después se olvide o reemplace por otros mensajes que lo superen. Es cualitativamente el primero, porque es el «anuncio principal, el que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra» (EG 164).

5. *Vale para todos* (EG 110), en especial para los jóvenes, incluidos los alejados de la fe o los que viven sin un sentido, porque «responde al anhelo de infinito que hay en todo corazón humano» (EG 165). Se debe transmitir a todos, aunque se le rechace, y sin privilegiar una vocación o un camino de vida determinados.

6. *Es una 'noticia perennemente buena'* (NVNE 12a) llena de vida y de sentido. Cuando se anuncia debidamente ya se ha hecho un importante bien a los interlocutores, independientemente de la acogida que le den y con tal «que no imponga la verdad y que apele a la libertad» (EG 165) y que, además, «posea unas notas de alegría, estímulo, vitalidad y una integralidad armoniosa» (EG 165).

7. *Ofrece un camino mistagógico*³³ (cf. EG 166-168) caracterizado como esa «pedagogía que lleve a las personas, paso a paso, a la plena asimilación del misterio» (EG 171). No puede ser de otra manera, porque «o la pastoral vocacional es mistagógica, y, por tanto, parte una y otra vez del Misterio (de Dios) para llevar al misterio (del hombre), o no es tal pastoral» (NVNE 8). La animación vocacional conduce a que una persona experimente la «epifanía de lo divino» en su vida y acoja con asombro estremecido y adorante la manifestación del Señor en la humildad de sus signos.

8. *Es un mensaje convincente*, que fácilmente conecta con distintos modos de pensar y sentir. Se comunica a través de «una idea, un sentimiento y una imagen» (EG 157). Tiene una base antropológica común a todos. Pero no renuncia a hablar de forma explícita y con claridad de Jesús el Señor, pues «no hay nada más sólido, más profundo, más seguro, más denso y más sabio que ese anuncio» (EG 165. d). Acompañando los procesos personales de crecimiento.

La Exhortación alienta también el acompañamiento personal para los procesos de crecimiento en la fe a lo largo de los números 169-173. En ellos desarrolla aquel principio pastoral básico según el cual «la evangelización... implica tomarse muy en serio a cada persona y el proyecto que Dios tiene sobre ella» (EG 160). La animación vocacional hace suyo ese principio, porque es la acción que viene después de la siembra del kerigma. Este debe concluir con la propuesta

33. Del griego «mystagogheîn» (iniciar, introducir en el misterio).

vocacional explícita. Tras acogerla se da inicio a la siguiente acción pedagógica: el acompañamiento para el discernimiento. En esta sucesión, el acompañamiento personalizado debe ser un procedimiento insustituible.

El llamado «acompañamiento» ha tenido y tiene muchos nombres (dirección espiritual, diálogo pastoral, coloquio espiritual, dirección de conciencia, guía espiritual, encuentro de ayuda espiritual, relación de ayuda, etc.). Cada expresión subraya algún aspecto específico. No importa tanto el nombre que se le adjudique, sino lo que sucede en esa relación.

¿Y qué sucede en el acompañamiento vocacional? Establece y mantiene una relación asimétrica, estructurada, singular y temporal entre dos personas, en la que una de ellas (el acompañante) ayuda a la otra (acompañada) a buscar, reconocer, discernir y abrazar la voluntad de Dios sobre ella según su vocación particular³⁴. Constituye una verdadera paternidad o maternidad espiritual. Es el dinamismo más propio, aunque no el único, del discernimiento vocacional. No es un instrumento opcional. Mucho menos se le ha de considerar un premio para los mejores o una concesión a los más exigentes. Más bien debe constituir la ayuda normal para despertar y aclarar la sensibilidad hacia la llamada y para verificar si en cada sujeto se dan la consciencia necesaria, la disponibilidad imprescindible y la idoneidad suficiente para responder debidamente a la llamada del Señor. Según lo cual, se debería ofrecer al mayor número de personas, aunque esto requiera no pocos esfuerzos o parezca inviable sobre todo para quienes privilegian los grupos pequeños y las reuniones masivas. Es otra de las asignaturas pendientes de la «conversión pastoral» a la que convoca la Exhortación.

Hay distintos tipos de acompañamiento y no todos ellos igualmente válidos en pastoral vocacional. El acompañamiento específicamente vocacional no se centra en resolver los episodios problemáticos o complejos del acompañado, tampoco en atender de forma autorreferencial su estado psicológico, anímico, académico, afectivo, etc. Su objetivo es el proceso vocacional³⁵ del sujeto acompañado centrado en advertir la llamada de Dios y la respuesta libre y responsable a una misión como «una peregrinación con Cristo hacia el Padre» (EG 170). Solamente desde ese planteamiento se abordan, entienden y orientan las demás circunstancias difíciles que afecten coyunturalmente al acompañado. Además, como avisa la Exhortación, «sería contraproducente si se convirtiera en una especie de terapia» (EG 170) y correría el riesgo de olvidar que «siempre se inicia y se lleva adelante en el ámbito del servicio a la misión evangelizadora» (EG 173).

34. Cf. NVNE 34. Junto a otros documentos de la Iglesia, existe una abundantísima bibliografía sobre el acompañamiento vocacional. Me remito aquí al estudio de O. Cantoni. *Acompañamiento vocacional personal*, en *Diccionario de Pastoral Vocacional*, Salamanca 2005, 40 y siguientes. Al final el autor ofrece una abundante bibliografía sobre este asunto.

35. Es muy clara y simple la presentación de los distintos tipos de acompañamiento porque ayuda a situarse en el discernimiento vocacional en L. M. García Domínguez, *El libro del discípulo. El acompañamiento espiritual*, Santander 2011, 24-27.

Los acompañantes, como discípulos misioneros que acompañan a otros discípulos misioneros (cf. EG 173) deberán colocarse al lado y prestarles atención, obteniendo lo que Ricoeur llamaba «la propia identidad narrativa»³⁶ y así conocerles más y ayudarles mejor. Esto lo realizan ejercitando «el arte de escuchar, más que de oír. Lo primero, en la comunicación con el otro, es la capacidad del corazón que hace posible la proximidad, sin la cual no existe un verdadero encuentro espiritual. La escucha nos ayuda a encontrar el gesto y la palabra oportuna que nos desinstala de la tranquila condición de espectadores» (EG 171).

Juntos deberán recorrer un itinerario con etapas que tiene un inicio (la aceptación voluntaria de dejarse ayudar por un hermano o hermana mayor en el camino de clarificación de su inicial inquietud vocacional) y una meta (la respuesta madura, creyente y responsable ante el proyecto de Dios). A lo largo de ese camino, el acompañante «hace presente la fragancia de la presencia cercana de Jesús y su mirada personal» (EG 169) y se convierte en una «persona-cántaro» (EG 86) que despierta la sed, el deseo profundo de autenticidad. Siempre parte de las preguntas que se hace su interlocutor para mostrarle dónde están las fuentes del agua viva que puedan apagar esa sed y que está contenida en la catequesis, en la oración y en la vida sacramental, afrontando siempre con «misericordia y paciencia las etapas posibles de crecimiento de las personas» (EG 44). Acompañar es esencialmente compartir el pan del camino³⁷, es decir, poner en común la propia experiencia vocacional, pan amasado con la fe, la esperanza en Dios y la fatiga en la búsqueda. No para imponer sino para atestiguar la grandeza de una vida realizada según un designio de Dios. El estilo comunicativo del acompañamiento vocacional no es ni el didáctico o exhortativo, ni tampoco el de la amistad, sino la *confessio fidei*, que testimonia y contagia la fe; una fe que se recibe y acoge en la comunidad de Jesús. No se debe olvidar que la mayor o menor santidad del acompañante influye en su testimonio y comunicación (cf. EG 149).

La pastoral vocacional necesita también con urgencia contar con «hombres y mujeres que desde su experiencia de acompañamiento conozcan los procesos» (EG 171), reconozcan que «la situación de cada sujeto ante Dios y su vida en gracia es un misterio que nadie puede conocer plenamente desde fuera» (EG 172) y corran para ayudar a crecer a las personas con inmensa paciencia y compasión encontrando las maneras de despertar su confianza, su apertura y su disposición para crecer. Esa es una tarea de esta envergadura se realizará tanto mejor cuanto más crezcan «en la comprensión del Evangelio y en el discernimiento de los sentidos del Espíritu» (EG 45) y ellos mismos vivan la propia experiencia de dejarse acompañar y de poder expresar con total sinceridad la propia vida ante otro acompañante para curarse.

36. Cf. P. Ricoeur, *Tiempo y narración* III. *El tiempo narrado*, México 1996.

37. «Compañero» deriva del latín *comedere* (comer) y *panis* (pan) en relación de «comer del mismo pan». Las palabras «acompañar» y «compañía» tienen esa misma raíz.

d) *Con limpias intenciones*. Abundan hoy las comunidades y animadores vocacionales que han caído, como se decía más arriba, en el desaliento o desmotivación por agotamiento ante la esterilidad de sus iniciativas vocacionales³⁸. A ello se une la falta de «fervor apostólico contagioso» (EG 107) que en nada favorece el florecimiento vocacional. Ese decaimiento consigue hacer inviables los proyectos pastorales o se emprenden de forma tímida y perezosa. Cunde el pesimismo en no pocos espacios de pastoral vocacional de la Iglesia. Pesimista es quien no espera nada bueno del futuro, quien ve cualquier dato positivo bajo la sombra de la precariedad, quien sospecha de los intentos de cambio y el que se avergüenza, en cierta manera, de tener esperanza. Estos serían los rasgos generales del pesimismo, pero también los más superficiales. Lo que diferencia al pesimista del esperanzado es la manera de afrontar la adversidad. El esperanzado no se limita a quejarse, ni acepta resignadamente la situación; considera que su acción puede cambiar de algún modo el futuro. Su lema es: «No te lamentes, actúa». En cambio, el del pesimista es: «No actúes, lamentate». La Exhortación puede convertirse en una gran inyección motivacional para esas comunidades y animadores vocacionales en torno a su misión.

Pero no basta cualquier motivación, porque las hay rectas y las hay adulteradas. La pastoral vocacional no se fundamenta en el deseo de cubrir los agujeros negros de la institución, ni de ganar en prestigio y reconocimiento sociales, ni de competir con otros hermanos o hermanas, ni de remediar la angustia por la supervivencia del grupo. Su única y primera motivación debe ser siempre «el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más» (EG 264). Por ello necesita irradiar ese amor que cautiva, esa belleza que enamora y que crea la necesidad de hablar del Amado, de mostrarlo y darlo a conocer. Es a Jesús, el Hijo de Dios, a quien «los demás necesitan, aunque no lo reconozcan»³⁹. El animador vocacional refuerza su entusiasmo cuando actúa desde la convicción de que los demás viven, por la acción del Espíritu, una espera de Dios, aunque sea inconsciente (cf. *Redemptoris Missio* 45), porque «el Evangelio responde a las necesidades más profundas de las personas» (EG 265) y porque ha comprobado con frecuencia que «quien se ofrece y se entrega a Dios por amor seguramente será fecundo» (EG 279), aun cuando esa fecundidad no pueda ser contabilizada.

Los animadores vocacionales superan las tentaciones de desaliento y deserción cuando actúan convencidos de que Jesucristo es, para todos, el tesoro de la vida y del amor que no engaña, ni manipula, ni desilusiona. Ese mensaje alcanza lo más hondo del ser humano y puede sostenerlo y elevarlo. Es una verdad que nunca pasa de moda y que es capaz de penetrar allí donde nada más puede lle-

38. Como se puede observar, nos referimos especialmente a la vieja cristiandad de Europa y América, donde se acusa de forma más aguda el problema de la escasez vocacional.

39. «Lo que vosotros adoráis sin conocer es lo que os vengo a anunciar» (Hch 17, 23).

gar. Los animadores son apóstoles que «oran y trabajan» (EG 262) con la firme convicción de que «la vida con Él se vuelve mucho más plena y que con Él es más fácil encontrarle un sentido a todo» (EG 266) y sienten cómo la presencia del Señor les asiste en su ministerio. Todo animador vocacional, que nunca deja de ser discípulo, experimenta de continuo que Jesús camina con él, habla con él, respira con él, trabaja con él: «Percibe a Jesús vivo con él en medio de su tarea misionera» (EG 266). Si esto no ocurriera, muy pronto perdería el entusiasmo, no se entregaría a fondo y con constancia, y dejaría de estar seguro de lo que transmite; le faltaría fuerza y pasión. «Y una persona que no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie» (EG 266). Éste es el móvil definitivo, el más profundo, el más grande, la razón y el sentido final de todo lo demás (cf. EG 267). Crece en su vida espiritual en la medida en que no se ja de ser misionero (cf. EG 272). «Más allá de que nos convenga o no, nos interese o no, nos sirva o no, más allá de los límites pequeños de nuestros deseos, nuestra comprensión y nuestras motivaciones, evangelizamos para la mayor gloria del Padre que nos ama» (EG 267).

CONCLUSIÓN

En su Exhortación el Papa Francisco ha sabido llegar directamente al corazón y a la mente de los fieles cristianos para invitarles a una nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría. Se expresa de una manera directa, fácil, comunicativa. No habla al filósofo, al agnóstico, al católico ilustrado, al obispo que tiene que controlar a su grey con la teología. El nuevo interlocutor es el evangelizador, los agentes de pastoral «de a pie» –animadores vocacionales incluidos–, la gente común y corriente. Conecta con todos ellos a través de ese lenguaje que todos utilizamos en la vida cotidiana. Esto es algo novedoso que a nadie ha de pasar inadvertido.

Al releer las páginas de *Evangelium Gaudium*, todas ellas rezuman sugerencias muy válidas para quienes tienen el encargo de promover la cultura vocacional. Es verdad, como se dijo al comienzo, que no hay en ella novedades significativas que se añadan al rico cuerpo doctrinal ya existente sobre la pastoral vocacional. Pero sí se encuentra coherencia y continuidad en los principios y convicciones que sustentan la animación vocacional y, sobre todo, un potente estímulo atractivo y luminoso que como un eco motiva: «¡No nos dejemos robar la esperanza!» (EG 86). La pastoral vocacional debe proveerse bien de aquella esperanza para ser misteriosamente fecunda (cf. EG 280). Esperanza que se funda en la certeza de que cuando el Evangelio entra en el corazón de los hombres y de las mujeres de hoy, les hace entender el gran misterio de la revelación que lleva a plenitud sus vidas, a saber: que Dios les ama inmensamente y cuenta con todos ellos, sin exclusiones, para alcanzar la esperanza de un mundo nuevo. Y sin esa esperanza no se puede vivir (cf. EG 275). Esa verdad es el *semper* y el

novum del evangelio (cf. NVNE 12a) y tiene la capacidad de suscitar en la Iglesia la esperanza, creatividad y audacia necesarias para una nueva primavera vocacional en medio del complejo escenario de hoy. Aquí concluyen estas reflexiones. Son solo algunas. Basta con ellas, porque no se puede dar fácilmente razón de un texto tan rico como es *Evangelii Gaudium*.

APÉNDICE

FICHAS DE TRABAJO

«¡No nos dejemos robar la esperanza!» (EG 86). Ecos de *Evangelii Gaudium* para la Animación Vocacional

INTRODUCCIÓN: ¿POR QUÉ LEER *EVANGELII GAUDIUM* DESDE LA PERSPECTIVA VOCACIONAL?

Para la reflexión personal o por grupos

–Expresa con cinco adjetivos tu percepción del estado de la Pastoral Vocacional que se realiza actualmente en tu diócesis o Congregación.

–Identifica los tres problemas o dificultades más importantes que, en tu opinión, desafían actualmente esa pastoral vocacional.

LA ANIMACIÓN VOCACIONAL AÚN ‘EN CONSTRUCCIÓN’

- a) Por una pastoral vocacional «en salida»
- b) Por una pastoral vocacional «convertida»
- c) Por una pastoral vocacional «nuclear»
- d) Por una pastoral vocacional «accidentada», pero no «enferma»
- e) Por una pastoral vocacional «desde los pobres»
- f) Por una pastoral vocacional con cara amable

Para la reflexión personal o por grupos

–¿Qué significa que la animación vocacional está «en construcción»? ¿De quién depende prioritariamente ese trabajo de construcción? ¿En qué deberían centrarse?

–En tu opinión, ¿hacia qué grupos humanos o eclesiales debería dirigirse preferentemente la pastoral vocacional? ¿Qué exigiría el hacerlo?

–La animación vocacional que tú conoces, ¿qué tendría que cambiar ya? ¿De qué se tendría que convertir?

–¿Por qué es necesario vincular «pastoral vocacional» y «espiritualidad»?

–Hoy se está perdiendo sensibilidad hacia la opción por los pobres. ¿Cómo activarla en el campo de la animación vocacional? ¿Cómo pasar de «buscar voluntarios» a «buscar vocaciones»?

LOS COMBATES INTERIORES DEL ANIMADOR VOCACIONAL

- a) El combate contra la «acedia paralizante».
- b) El combate contra sus «miedos y complejos».
- c) El combate contra el «secularismo».
- d) El combate contra la «patología del cansancio y de la resignación» (NVNE 13c).
- e) El combate contra el «pesimismo».

- f) El combate contra el «espiritualismo».
- g) El combate contra la «mundanidad».
- h) El combate contra la «discordia y la desunión».

Para la reflexión personal o por grupos

–¿Se da alguna de esas tentaciones en tu contexto? ¿Podrías ofrecer algún ejemplo o caso que refleje su existencia o, al menos, el riesgo de que pueda darse?

–¿Existe alguna otra tentación que no quede expresada en ese catálogo de tentaciones que sufre la animación vocacional que conoces?

–Según tu experiencia, ¿cuáles son las consecuencias y repercusiones que se derivan al no afrontar y remover esas tentaciones?

–¿Qué significa «*combatir contra*» (=agere contra) en este contexto del que habla el presente artículo? En la práctica, ¿cómo se combate contra una tentación que impide el buen desarrollo de una acción vocacional?

–Esas tentaciones desvitalizan a nuestros catequistas, colaboradores y responsables de la animación vocacional. ¿Cómo las podemos afrontar? A manera de lluvia de ideas se indican iniciativas que posibiliten el localizar y desactivar tales tentaciones.

EL ANIMADOR VOCACIONAL CON ESPÍRITU

- a) Animados por el Espíritu de «coralidad»
- b) Vinculados de forma especial a los jóvenes
- c) Centrados en el anuncio del kerigma vocacional
- d) Acompañando los procesos personales de crecimiento
- e) Con limpias intenciones

Para la reflexión personal o por grupos

–¿Es necesario introducir o potenciar la misión compartida en la animación vocacional de tu centro pastoral? ¿Por qué? ¿Cómo hacerlo de hecho?

–¿Hacia qué lugares o periferias deberíamos dirigirnos para acercarnos así más a los jóvenes? ¿Conoces alguna experiencia concreta que se esté haciendo en este sentido.

–¿Cómo tendría que ser el anuncio del kerigma vocacional? ¿Cuáles serían sus componentes fundamentales? ¿Qué exigiría al animador vocacional?

–Los animadores vocacionales suelen contar con poca formación y con poco tiempo disponible para los acompañamientos personales. ¿Cómo remediar esta seria carencia en el contexto de tu diócesis o congregación?

–¿Cómo cultivar más y mejor la espiritualidad de los animadores vocacionales? Sugerencias prácticas y realistas para llevarlo a la práctica.

CONCLUSIÓN